

EL PODER FORMATIVO DE LA MÚSICA

Entrevista con Alfonso López Quintás,
autor del libro *Estética musical. El poder formativo de la música*
(Rivera Editores, Valencia 2005)

Acercarnos a la figura de Alfonso López Quintás supone adentrarnos en un vasto campo de conocimientos y actividades, en el cual la filosofía, el arte musical y la pedagogía han ocupado un lugar privilegiado. Su impresionante currículum muestra una rica formación académica y humana. Tras realizar la carrera de Filosofía en Salamanca y Madrid, amplió estudios de Filosofía, Filología y Música en Alemania, Austria y Francia, ordenándose sacerdote mercedario en 1951. Quizá por eso su devenir profesional ha estado siempre muy vinculado al valor de la libertad creativa y, derivadamente, a la actividad liberadora. Catedrático de Filosofía (Estética) en la Universidad Complutense de Madrid, miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid y de L'Academie Internationale de l'Art (Suiza), cofundador en 1970 del Seminario Xavier Zubiri y, en 1987, de la Escuela de Pensamiento y Creatividad (EPC) –proyecto educativo con gran presencia en España e Iberoamérica–, López Quintás sabe transmitir a sus lectores y oyentes su interés por descubrir y promover la capacidad creativa del hombre, a fin de conseguir el pleno desarrollo de su personalidad. No han sido pocos los libros, artículos y conferencias que han dejado traslucir esta constante en su obra, como sucede con su última obra titulada *Estética musical. El poder formativo de la música* (Rivera Editores, Valencia 2005), en torno a la cual gira esta entrevista; un ensayo profundo y sugestivo en el que la música es elevada a un plano cultural que trasciende la mera diversión. Con un estilo claro y ameno, esmaltado de anécdotas y ejemplos muy significativos, así como de citas musicales y literarias, el autor muestra de forma convincente que la música contribuye a nuestro crecimiento como personas, ayudándonos a cultivar las tres condiciones de la inteligencia madura y a solucionar las aparentes contradicciones que bloquean nuestro desarrollo personal. Sin duda, en su exposición razonada y precisa del poder formativo de la música, López Quintás corrobora su condición de gran filósofo, pero sin perder por ello un ápice de la sensibilidad del músico.

Pregunta. Dígame, ¿cómo surgió su interés por el estudio de la estética musical y la idea de escribir un libro sobre el poder formativo de la música?

Respuesta. Desde que, de niño, me sumergía en las canciones gallegas, tan profundas como enigmáticamente melancólicas, hasta el momento actual en que estoy investigando la intención de largo alcance que movió a Mozart desde 1787 a darnos unas obras de belleza absoluta, diríamos *sobrehumana*, tuve siempre el deseo de explorar el misterioso mundo de la música. Este deseo se acentuó al comprobar una y otra vez que personas muy dotadas artísticamente no alcanzan el desarrollo esperado por carecer de una base estética sólida.

***“La experiencia musical
nos insta a vivir de
modo relacional”***

Cuenta Ud. en su obra que, poco antes de morir, el gran violoncelista Pablo Casals indicó que la humanidad todavía no sabe lo que tiene al poseer el don de la música. ¿A qué habrá querido aludir con ello?

Tuvo sin duda ante la vista el papel ennoblecedor y consolador que juega la música en nuestra vida. Pero es posible que haya profundizado todavía más y haya considerado que la experiencia musical nos insta a vivir de modo *relacional* y tocar, así, fondo en el enigma de la realidad.

¿Podría explicar un poco más esta última idea?

Hoy sabemos, por la Física de las partículas elementales, que la materia se resuelve, en última instancia, en “energías estructuradas”, es decir, relacionadas. “*La materia* –escribe el físico canadiense Henri Prat- *no es más que energía dotada de ‘forma’, informada; es energía que ha adquirido una estructura*” (Cf. *L’espace multidimensionnel*, Université de Montréal, Montréal 1971, p. 15). Todo el universo, en sus diversos estratos, se asienta en el poder de las relaciones. Por su parte, la música es toda ella relación; no se basa en notas sino en *intervalos*, que son el impulso que nos lleva a pasar de una nota a otra, y con intervalos se configuran temas, y, a base de entrelazar temas según las distintas formas musicales, se componen los grandes edificios sonoros. Por eso, cada elemento del edificio musical nos remite a todos los demás. Cuando entramos en contacto con los materiales sonoros, vibramos con los otros siete niveles de la composición. De ahí que, al vivir intensamente ese carácter *relacional* de las composiciones musicales, nos parezca asistir a la génesis del cosmos, porque sentimos vivamente el poder de las relaciones.

Eso le lleva a aludir, en su libro, a la experiencia que hizo Goethe al oír unas obras de Bach...

Ciertamente. Al oír en una iglesia varias composiciones para órgano de Juan Sebastián Bach, el gran literato alemán manifestó que le parecía oír el rumor del cosmos en los días del génesis...

Usted comienza su libro con una descripción de las categorías griegas y las categorías generales: armonía, simetría, lo cómico, lo gracioso, lo sublime, lo trágico... ¿Orienta este análisis desde el punto de vista *relacional*?

No hay más remedio, si queremos ser fieles a la realidad de la experiencia estética. Los griegos no sólo cultivaron genialmente los diversos géneros artísticos: la pintura, la escultura, la arquitectura, la música, la literatura... Se detuvieron a reflexionar sobre la forma de “crear obras en la belleza”, como decía el gran Platón. Si ves, en el Louvre, la Venus de Milo, la encuentras a simple vista extraordinariamente elegante y bella. Si te paras a analizarla con los recursos de la

“Siempre es la relación la que funda el carácter estético de nuestras acciones”

matemática, descubres que está configurada conforme a las dimensiones de la llamada “sección áurea” o “número de oro”. Los griegos descubrieron que, si divides una superficie conforme a una determinada proporción (0,618 – 0,382, o bien 0,528 – 0,472), obtienes un resultado muy

valioso estéticamente. Ya tenemos aquí operante la relación. Hoy sabemos que la belleza del Partenón se debe a su *armonía*, y ésta se obtiene vinculando dos cualidades: la *proporción* y la *medida*. La proporción es una relación determinada entre las diferentes partes del edificio; la medida es el ajuste entre todo el edificio y la figura humana, tomada como canon. La relación se revela, así, como la raíz de la belleza.

¿Sucede lo mismo con las categorías estéticas modernas?

Sí, también ellas son relacionales. La comicidad surge, casi siempre, cuando hay una caída súbita y pasajera de un nivel superior a otro inferior. La mayoría de los chistes implican una caída; si ésta es estrepitosa, provoca la carcajada; si es leve, suscita una sonrisa. Vas pisando fuerte por la calle porque te consideras el árbitro de la elegancia; de repente resbalas y caes al suelo de forma desmañada. Esa caída hace reír a los que la presencian... La gracia, en cambio, implica un ascenso, un salto de abajo arriba. Un bailarín se mueve y salta como si fuera ingrávido. Sabemos que pesa, pero su espíritu parece dominar la fuerza de gravitación a que está sometido su cuerpo. Hay como

un ascenso a un nivel superior. Siempre es la relación la que funda el carácter estético de nuestras acciones. Lo sublime es aquello que, por su grandeza, nos invita a elevarnos. Si nos causa pavor, no podemos adoptar la distancia de perspectiva que implica toda experiencia estética. El *pavor* tiene que ser substituido por el *asombro*. Entonces captamos la relación que se da entre la realidad magnífica que nos apela y nosotros que somos invitados a elevarnos a una alta cota de realización.

En sus obras encontramos, a menudo, el nexo entre creatividad, belleza y arte, algo que se observa también en su último libro. ¿Podría explicarnos, brevemente, cuál es el origen de ese vínculo tan fuerte?

Toda obra de arte auténtica debe su ser a un impulso creativo del compositor y del intérprete, por cuanto ambos asumen activamente ciertas posibilidades que les permiten dar lugar a algo nuevo valioso: intervalos, temas, formas musicales... Esta actividad “crea obras en la belleza”, pero no crea la belleza; la descubre. Este es el gran legado griego. La belleza no se *halla estáticamente* en las realidades consideradas como bellas; es una especie de “esplendor” que *surge dinámicamente* entre ciertas realidades y el hombre sensible a los valores estéticos. Es un fenómeno *relacional*, no *relativista*. Sin intérpretes y espectadores sensibles no acontece lo bello, pero esto no indica que espectadores e intérpretes sean *dueños* de la belleza. Esto sería un “relativismo subjetivista” empobrecedor.

**“Toda área de conocimiento
que destaca la relación
contribuye a nuestro
crecimiento personal”**

Este carácter relacional de la belleza, y, en concreto, de la belleza musical ¿juega algún papel para explicar el poder formativo de la belleza?

Juega un papel decisivo. Hoy sabemos, por la Biología más cualificada, que los seres humanos somos “seres de encuentro”, vivimos como personas y nos desarrollamos como tales creando toda suerte de encuentros. Pero el encuentro es una *interrelación*. Toda área de conocimiento y toda actividad humana que destaque la importancia de la categoría de relación contribuye poderosamente a nuestro crecimiento personal, es decir, a nuestra formación humana. En esta tarea ocupa la Música un puesto de excepción pues toda ella es relacional. Se basa en intervalos, en el impulso incesante que nos lleva de una nota a otra... hasta constituir la trama inmensa de relaciones que teje una sinfonía o una ópera. Por el mero hecho de crear música, incluso en los grados elementales, nos elevamos al nivel del encuentro y configuramos nuestra personalidad.

Para ejercer ese papel formativo que usted subraya en su libro, la música debe cumplir unas determinadas condiciones. ¿Cumplen tales condiciones todas las formas de música –la clásica, el rock, el pop...?

Lo decisivo es que la experiencia musical invite al oyente a crear tramas de interrelaciones, no a dejarse llevar y perderse en un frenesí rítmico. Éste supone una especie de *vértigo* o *fascinación*, que anula la creatividad. Por eso no es formativo. Lo es cuando insta al oyente a adherirse activamente a un proceso de creación de relaciones expresivas. El mero tararear una sencilla canción popular, si ésta tiene calidad expresiva, nos adentra en el mundo de la creatividad y nos hace sentir la excelencia y fecundidad de las relaciones de encuentro. De ahí el cultivo ferviente del canto en todos los pueblos y desde antiguo.

Por esa profunda razón expone usted los procesos de vértigo y de éxtasis en diversos libros, por ejemplo en *Descubrir la grandeza de la vida* (Verbo Divino, Estella, Navarra), al que alude en su obra.

Sin la menor duda, conocer de forma bien articulada dichos procesos es una clave decisiva para orientarse debidamente en la vida.

Bajando a cuestiones más concretas, ¿qué aspectos de la Estética musical subraya especialmente en su libro?

Expongo temas relativos a la expresividad musical: el lenguaje de la música y sus recursos, su capacidad de glorificar lo sensible y a la vez trascenderlo, el enigma de la inspiración, los ocho niveles de realidad que integran cada obra de calidad... Resalto de modo especial el proceso de

“El buen intérprete no repite la obra; la vuelve a crear desde su peculiar sensibilidad”

interpretación y el de audición, porque, vistos por dentro, de forma creativa, constituyen una fuente inagotable de formación humana. Empiezo a oír el *Requiem* de Mozart. Al principio me sorprenden gozosamente las armonías sombrías de la breve introducción orquestal, pero, al entonar el coro las palabras “Requiem aeternam

domina eis Domine” (dales, Señor, el descanso eterno), quedo sumergido en un *ámbito de súplica* entrañable, en el cual siento a la vez el estremecimiento ante la hora definitiva, la confianza en el Padre, la esperanza de la vida eterna. Estos sentimientos se incrementan cuando el coro insiste en el adjetivo “aeternam” en oleadas ascendentes. No me extraña que el gran físico contemporáneo Stephen Hawking haya manifestado que, si pudiera llevar algo consigo al morir, elegiría el *Requiem* de Mozart. En verdad, debemos confiarnos a estos auscultadores geniales de la grandeza potencial que albergamos los seres humanos.

Tal vez, la experiencia de interpretación presente todavía un mayor interés pedagógico que la mera audición...

Suele suceder, ya que el buen intérprete no *repite* la obra; la *vuelve a crear* desde su peculiar sensibilidad. Al principio, lee despacio la partitura; estudia nota a nota la digitación debida; analiza las diversas frases y las ensambla. Mientras realiza esta labor de ojeo de la obra, su interpretación es tanteante y premiosa, carente de soltura y libertad interna. A fuerza de ensayos, las formas se perfilan a través de la fronda de las notas, cobran cuerpo, se articulan unas con otras. Al configurar de este modo la obra, el intérprete gana una creciente libertad. Ya no está preso en la partitura. Ésta va pasando a un segundo plano a medida que las formas se hacen presentes. El intérprete sigue poniendo en juego todos sus medios técnicos: conocimientos musicales, agilidad mental, fuerza muscular..., pero todos ellos se vuelven transparentes, al convertirse en *vías abiertas a la expresión musical*.

En este momento, estamos tentados a decir que el intérprete “domina” la obra en cuanto “se deja dominar” por ella. Pero este lenguaje es inadecuado a un proceso creativo como es el de la interpretación musical. Lo justo es decir que el intérprete *configura* la obra en cuanto *se deja configurar* por ella. Es una experiencia *reversible*, de doble dirección. El intérprete se encuentra en su “elemento”, en su hogar espiritual, cuando convierte la obra en una voz interior, se deja llevar por su ritmo y llenar de sus armonías. Al serle totalmente fiel, se siente plenamente libre, con *libertad creativa*. Al deslizarse por las avenidas de la obra, siente que la obra se identifica prodigiosamente con él, es re-creada por él y le es, sin embargo, trascendente. Por eso admite interpretaciones diversas, que se contrastan y complementan.

“La libertad creativa es la auténtica libertad humana”

Esta sugerente descripción resalta la capacidad formativa de la experiencia musical...

Claro, nos advierte que, al actuar creativamente en la vida, podemos asumir normas que nos vienen de *fuera* sin perder nuestra verdadera libertad. Al ser fieles a la partitura –que encauza nuestra actividad-, y crear nuevamente una obra, mermamos un tanto nuestra *libertad de maniobra* –nuestra capacidad de actuar arbitrariamente-, pero nos sentimos más libres que nunca en cuanto a la *libertad creativa*, que es la auténtica libertad humana. Una vez configurada perfectamente la obra, lo sensible y los medios técnicos cobran todo su valor, pero no se autonomizan; se hacen transparentes para dejar que la obra se manifieste en todo su esplendor.

Esta transparencia de los medios expresivos hace posible entrar en relación de presencia inmediata con las obras...

Ciertamente, y esto colabora a perfeccionar nuestra inteligencia. La música nos insta a no quedarnos en los valores inmediatos sino a trascenderlos hacia las realidades a las que remiten. Aprendemos, así, a dar a nuestra inteligencia las tres condiciones de la madurez: *largo alcance, comprensión, profundidad*. Al oír ciertos sonidos, pasamos más allá y captamos su peculiar expresividad y las formas que ellos configuran; así superamos la *miopía intelectual*. Oímos al mismo tiempo distintos sonidos y los aunamos en diversas melodías y armonías; de este modo superamos la *unilateralidad en el mirar y pensar*. Al hacer esto, penetramos en el sentido del conjunto, en los diversos ámbitos de vida humana expresados en la obra. Superamos de este modo la *superficialidad en el pensar*. Recordemos la compleja actividad intelectual que realiza, por ejemplo, un organista al interpretar una obra, por sencilla que sea.

“El que adopta una actitud creativa no intenta imponerse y dominar a nadie”

Ya estamos de lleno en el tema central de la obra: la capacidad formativa de la música. ¿Puede ayudarnos la experiencia musical a superar el prejuicio de que, si somos solidarios, no podemos ser independientes en nuestro actuar?

Este prejuicio se adueña de nuestra mente cuando no tenemos voluntad de crear armonía y colaborar con los demás. Si quiero ampliar mi finca arbitrariamente, con espíritu egoísta, nada creativo, considero que ser solidario con el prójimo es un obstáculo para mis propósitos. La experiencia musical, por ser eminentemente creativa, nos muestra que la solidaridad y la independencia, lejos de oponerse, se potencian. Son dos niveles de realidad y de conducta distintos. Ampliar una finca se realiza en el *nivel 1*; interpretar una obra musical acontece en el *nivel 2*. En una obra polifónica, cada cantor –tenor, bajo, soprano, contralto- goza de total independencia respecto a los otros. Ninguno puede inmiscuirse en su tarea. Pero, cuando empieza a cantar, presta suma atención a la actividad de los demás, atempera su volumen y su ritmo al de ellos, aviva la sensibilidad para crear un tejido sonoro armónico y equilibrado. El que adopta una actitud creativa no intenta dominar a nadie e imponerse. Al contrario, se cuida de promocionar a los demás y resaltar sus cualidades, pues la riqueza del encuentro es proporcional a la calidad personal de quienes se unen.

“En la valía suprema de un instante puede medirse la grandeza de toda una vida”

Ampliar una finca se realiza en el *nivel 1*; interpretar una obra musical acontece en el *nivel 2*. En una obra polifónica, cada cantor –tenor, bajo, soprano, contralto- goza de total independencia

En el proceso formativo juega un papel decisivo la búsqueda de sentido. Cuando colmamos la vida de sentido, podemos decir que estamos básicamente formados. ¿Nos ayuda la música a percatarnos de esto?

Por supuesto, y en esa tarea juega la música de calidad un papel decisivo. Oyes una buena interpretación del *Concierto para clarinete y orquesta* de Mozart y sientes la emoción de la pura belleza, el equilibrio perfecto, el diálogo soberano en el que diversos instrumentos potencian sus posibilidades al conjuntarse. Al terminar la audición, alguien te pregunta si la vida tiene sentido. Posiblemente responderás que *ha valido la pena* vivir hasta ese momento para poder participar de esa cumbre del arte. En la valía suprema de un instante puede medirse la grandeza de toda una vida, al modo como la magnitud de una cordillera es medida por la altura del pico más alto. En nuestra vida, el sentido viene decidido por las cimas que alcanzamos, de forma que un único momento puede dar pleno sentido al decurso vital anterior.

“El arte auténtico transfigura cuanto toca y lo torna luminoso”

Usted afirma en su libro que, además de todo lo dicho, la música nos ayuda a ganar una insospechada madurez personal.

Sí, y con ello nos adentramos en el núcleo de la tesis que inspira mi obra. El que oiga con la debida penetración el *Don Giovanni* de Mozart advierte con toda claridad que éste era muy sensible al hechizo de una vida de gozador voluble, seductoramente jovial, reacio a todo compromiso ético, triunfador en todos los conflictos que le plantea a un joven el afán de apurar la copa del placer; pero era muy consciente de que esa carrera de éxitos le conduciría a la hecatombe en cuanto tuviera el primer momento de lucidez espiritual y confrontara su actitud egoísta con la actitud generosa que nos lleva a crear relaciones de respeto, estima y colaboración. Esta confrontación se da en la Segunda Parte de la obra, que no podía ser compuesta sino por una persona extraordinariamente seria. No podemos imaginar que alguien exprese con mayor hondura la seriedad infinita del diálogo entre el plano ético y religioso, por una parte, y, por otra, el plano “estético”, entendido -al modo de Sören Kierkegaard- como el de la entrega a las puras sensaciones gratificantes. Lo expresa Mozart de forma escalofriante y bellísima a la vez. *Bella*, porque el arte auténtico transfigura cuanto toca y lo torna luminoso; *escalofriante*, porque da densidad poética a un ámbito de confrontación aniquiladora. No se trata de una lucha entre un señor afanoso de venganza y un joven libertino y bravucón. Es la confrontación de dos niveles de realidad y de conducta. Esta experiencia nos da mucha luz para comprender a fondo el origen de grandes conflictos personales.

Ciertamente, un aspecto interesante de su libro es que aplica las ideas estéticas que expone a obras de grandes autores

“En la experiencia musical, las relaciones adquieren una fecundidad singular”

Analizo a su luz obras de altísima calidad, como la *Novena Sinfonía* de Beethoven, el *Don Giovanni* y *La flauta mágica* de Mozart, el *Tannhäuser* de Wagner. Con el método seguido en el libro, estas obras muestran una profundidad sorprendente.

El gran director de orquesta Leopoldo Stokowki indica que la música nos transporta a mundos de ensueño, desconectados de nuestra vida real. Si la experiencia musical es un mero recurso para la evasión, no parece tener gran poder formativo, pues toda labor formativa debe ser eminentemente realista...

Sin la menor duda. Por eso subrayo en la obra que la música, además de procurarnos experiencias emotivas, nos ayuda a incrementar la madurez personal: la capacidad de pensar con amplitud y profundidad, ser creativos incluso en las actividades más sencillas, promover una auténtica “cultura del corazón”, ejercitar una forma de libertad creativa. Hacerlo ver de modo sugerente fue mi propósito al escribir, con un punto de emoción, este compendio de *Estética musical*. Espero que

el lector concluya su lectura con la satisfacción de ver la música con ojos nuevos y una estima inmensamente superior.

Usted centra su discurso en la música clásica, que no suele despertar el mismo interés en los jóvenes que otro tipo de músicas, como el rock y el pop. ¿Qué se podría hacer para que los jóvenes cultiven más la música clásica y se beneficien de su fecundidad formativa?

Hay que cultivar en niños y jóvenes su sensibilidad musical, ofreciéndoles productos de calidad, y suscitar su interés intelectual por la música clásica mostrándoles su riqueza estructural, su capacidad emotiva, su conexión con lo más hondo y expresivo de la propia vida. El método de la “Pedagogía de la admiración” que propongo y sigo en mis escritos y clases no tiende tanto a “enseñar” valores cuanto “ayudar a descubrirlos”. Si ayudamos a niños y jóvenes a “encontrarse” de veras con las obras musicales, participando de toda su riqueza, trascendiendo con ello el nivel de la mera técnica –necesario pero no suficiente–, los acercamos al área de irradiación de los grandes

“Hay que cultivar en niños y jóvenes su sensibilidad musical con productos de calidad”

valores. El resto lo hace el poder de atracción que éstos tienen. Al responder a la apelación de los grandes valores musicales, entramos en el reino de la admiración y el entusiasmo. El clamoroso éxito internacional de las agrupaciones musicales de niños y jóvenes creadas en Vene-

zuela son un ejemplo aleccionador de los resultados que puede obtener una educación bien dirigida. Músicos tan expertos como Claudio Abbado y Plácido Domingo han dado buen testimonio de ello.

En su libro aboga usted por una “pedagogía de la admiración”, la que sentimos al descubrir los grandes valores. Conforme a esto, experimentar por sí mismo la música es la mejor manera de interiorizarla, de comprenderla, de interpretarla y recrearla. Pero hoy se tiende en las escuelas de música a focalizar la atención en el logro de un determinado nivel de ejecución técnica, olvidando a veces que lo más decisivo en la etapa escolar es proporcionar a los alumnos una experiencia de encuentro, de participación con las obras musicales...

Estoy de acuerdo. La técnica es indispensable en la interpretación, como medio para conseguir encontrarse con el mensaje más hondo de las obras. Lo peculiar de las obras relevantes es que son inagotables, nos remiten siempre a estratos más hondos de los que se ofrecen a primera vista. Ahondar más y más en el sentido de las obras más valiosas es una aventura apasionante... Invitar a ello de forma reflexiva y entusiasta a la par es uno de los propósitos de mi obra, que fue escrita desde la admiración y para la admiración.

¿Cuál es la particular aportación de la música al desarrollo del individuo en comparación con otras manifestaciones artísticas, como por ejemplo la literatura o la pintura?

La pintura, la literatura, la escultura, la arquitectura... muestran un alto poder formativo en cuanto nos sumergen activamente en tramas de ámbitos, realidades abiertas que se entretajan mediante todo tipo de relaciones. Esta experiencia de la importancia de las relaciones la vivimos en la música de forma todavía más dinámica, más comprometida y creativa porque el compositor no nos ofrece la obra concebida e interpretada, sino en estado virtual, para que sean los intérpretes los que en cada caso le den vida real. En la experiencia musical –de modo afín a lo que sucede en el teatro y en la coreografía–, las relaciones adquieren una vivacidad y una fecundidad singular.

“La música, además de procurarnos experiencias emotivas, nos ayuda a madurar”

Al final de su libro augura usted un futuro venturoso a la música si se cumplen varias condiciones, entre las que figura el actuar sobre el legado de la tradición. ¿No cree que esto dista mucho de la actitud individualista y competitiva que parece primar en nuestra sociedad?

Sin duda. Por eso debemos subrayar sin desmayo que la música es una realidad abierta, relacional, creadora de vida comunitaria. Cuando un pastor en la soledad del campo toca una melodía en una flauta casera, no se recluye en sí mismo; se adentra en el mundo de la creatividad, el que estamos perfeccionando, hermanados, los hombres de las distintas generaciones, al tiempo que nos sentimos nutridos por él. ¿Se entiende ahora por qué la música –como sugería Pablo Casals- es un don cuya grandeza tal vez no habíamos sospechado?

Definitivamente, sí.

María Soledad Rodrigo